

todoxo, proclamando un Sér Supremo, en quien los séres se animan, y un Criador, de quien las criaturas dimanar, y una Providencia que regula los hechos de la sociedad como los fenómenos de la Naturaleza, proviene, aunque despida un calor ethéreo, no tanto de la religión cristiana, como de la filosofía y de la ciencia. Nadie menos autorizado que Robespierre para renegar de un factor tan esencial á las sociedades humanas como el filósofo y su filosofía. Mas este político lo miraba todo con el microscópico lente, no diré de sus antojos, pero sí diré de sus convicciones y aun de sus intereses personales. Para Robespierre, según el culto que se prestaba de continuo á sí mismo, Robespierre debía resultar en las combinaciones sociales el número y la medida de todo. Aborrecía en aquel momento á los filósofos, por Condorcet, quien, último representante de la filosofía del siglo, se había hecho girondino y no robespierista. Pero, ¿qué medio había de serlo cuando Robespierre deseaba estar solo? ¿Quién podía compartir con él un pontificado parecido en su alta soledad al Dios de los semitas? ¿Cómo entrar en aquella iglesia interior, tapiada por las paredes impenetrables de su cráneo, donde se prestaba culto el revolucionario á sí mismo? Es fácil de seguir una política militante, cuyo secreto consistía en aniquilar á los demás y exaltarse á sí mismo. Sólo Robespierre podía seguir á Robespierre. Sólo él creía en su propia infalibilidad. Sólo él estaba en situación de aguardar que los sucesos contrarios inminentes y el combate á todos los estadistas desacreditados le trajesen el poder á las plantas y lo elevaran á dictador de Francia. Para desacreditar á la filosofía escogió Robespierre un instante tan oportuno como aquel en que del éther ideal esparcido por la ciencia surgían leyes como las que abolían el tormento y la esclavitud, instituciones como las que aseguraban el derecho individual á los hombres y á los pueblos la soberanía inmanente. Respecto de Condorcet sucedía lo mismo. Robespierre lo acusaba cuando Condorcet mejor procedía. Su ensayo sublime sobre la realidad del progreso humano; su confianza, entre tantas angustia, en la victoria del bien; sus planes de instrucción popular consagrados á esclarecer las generaciones recién entradas en la vida y las por venir; el Memorándum leído ante la universal atención embargada por mil ideas sublimes defendiendo el derecho de los franceses á la libertad, al par que ofrecía ramo de oliva fraternal á los pueblos y declaraba guerra implacable á los reyes, debían preservarlo de la envidia, y de su compañera, la calumnia, colocándolo allá entre los ídolos de la sociedad, entre los semidioses de la Historia.

Pero bastaba que lo creyera inscripto en la Gironda y lo viese aupado por Brissot para que Robespierre lo detestara. Casualmente por su común afición á lo vago, uno y otro se asemejaban; sólo que Condorcet se abstraía por amor á la humanidad, y Robespierre se abstraía por amor á sí mismo. En cosa ninguna se conoce cuán justiciera, y por tanto, cuán indispensable al género humano, la muerte, como en la diferencia entre los juicios de los grandes hombres por sus contemporáneos y los juicios de los grandes hom-

bres por la posteridad. Como la vida ordinaria y común adolece de impurezas continuas, la persona humana de imperfecciones irremediabiles, el trato de las gentes de disgustos, los roces con el tiempo de desgastes; palabras más ó menos oportunas, sugeridas por circunstancias más ó menos difíciles; el humor que cambia con facilidad; el genio que no puede mostrar una serenidad celeste; la enfermedad ó el achaque inspiran muy erróneos juicios á cuantos ven de cerca los grandes hombres, que crecen mucho en los lejos del tiempo y en los altares de la Historia. Debía el filósofo Condorcet asemejarse á su conocido congénere, Kant, en lo reservado y en lo frío. La frialdad de su entendimiento analítico y de su razón pura, debía pegarse á quienes le trataban; hoy sólo vemos de sus ideas la luz, y sólo sentimos de su luz el calor. Las inconsecuencias tan encarecidas por sus enemigos y tan echadas al rostro por sus contemporáneos, desaparecen á una en la posteridad. Siguió á Turgot en el camino de las reformas pacíficas, porque filósofo como Turgot, y como Turgot bueno, prefería el mejoramiento social, procurando por las evoluciones lógicas, graduadas, justas, al mejoramiento social, por las revoluciones peligrosas y violentas improvisado. Creyó en las consonancias entre los humanos derechos y los poderes tradicionales, porque sintético su espíritu, veía en el mundo social humano las mismas armonías entre los contrarios que hay en el Universo material: y no podía prescindir de lo pasado para gobernar lo presente y traer lo porvenir: que si en filosofía la forma republicana siempre aparece inmensamente superior á la monárquica, en lo político, aplicación práctica de lo ideal, depende mucho esta superioridad, efectiva y tangible, del tiempo, de las circunstancias, del estado de las sociedades, del carácter y temperamento de las generaciones, Condorcet, siempre republicano en teoría siquier en la práctica prefiriese á un sistema radical abstracto el concreto sistema evolutivo, no predicó el divorcio entre la corona y el pueblo, sino tras la fuga de Varennes, cuando la corona se presentó rebelde á las leyes, conjurada contra el derecho nuevo, traidora de suyo á la patria, irreconciliable con el pueblo. ¡Frío! Podía serlo en apariencia, pero su corazón guardaba un volcán ardiendo en fuego creador y en lavas fecundantes. Podía parecer seco; mas sintió el amor, cultivó grandes amistades, consagró religioso culto á la Humanidad. Su curiosidad por saber no encontraba límites; su interés por todo lo humano á su vez no encontraba reposo. Lo mismo le embargaba un sistema filosófico que una estadística oficial. Con atención idéntica leía el *Tratado sobre las leyes* de Montesquieu que la *Divina Comedia* del Dante. Turgot había entrevisto en sus presentimientos de profeta y en sus adivinaciones de sabio que se acercaba sobre la ruina del régimen de guerra y de conquista, representado por nobles feudales y por los reyes absolutos, el régimen del trabajo, definitivo en cuanto pueden serlo aquí las movibles instituciones humanas, y por definitivo en la doble vista de su pensamiento, no le impacientaba el verlo cumplido, más ó menos deprisa en la viviente realidad. Le creían impasible y le daban en rostro con esta indiferencia, pues los pesimistas sólo aciertan á ver



los lados imperfectos del entendimiento y del carácter. Y para traer el reinado de la ciencia le parecía preferible al método revolucionario el método científico. Su ideal podía esperar, paciente como Dios, porque como Dios es eterno. En Condorcet la impasibilidad, tan criticada, provenía de que su criterio científico le anticipaba el gusto de las mejoras venideras, y viéndolas venir á una su certera vista con los ojos del espíritu, no se afanaba por tenerlas en las manos del cuerpo. Con su conocimiento de los principios y de las consecuencias de los principios no se creía en el caso de impacientarse por los resultados. Así, en tal situación del alma, escribió el *Memorandum* á Europa, que Brissot le imponía con su imperio natural sobre los girondinos, que necesitaban en el Congreso y el ministerio en tan supremo instante. Este *Memorandum* no parecía una oficial nota de sabio diplomático; parecía un presagio de místico vidente. Si los esmaltes del estilo correspondieran á las profundidades del pensamiento, semejava una revelación, pues resulta, perfectamente modificado, un corolario breve y metódico del nuevo derecho internacional y de las relaciones fraternales entre los pueblos libres. Así dentro del fatalismo guerrero se curaba cuanto podía del principio de justicia y tomaba del derecho de gentes todo aquello aplicable al estado de guerra; recorriendo su frase última por Europa como un reguero de pólvora, combate á los reyes, paz á los pueblos. Aquí empezó un conflicto guerrero, que ha durado desde fines del siglo último hasta nuestros días. No diremos ahora si la emigración lo impidiera; si la corte conspirara por su realización; si lo trajeran las cabezas calientes girondinas para servir á la democracia europea; si Domouriez lo empujó por sacar de la guerra el partido que sacaron César y Cromwell para sí en sus respectivas edades: considerémoslo únicamente como una contradicción lógica entre principios contrarios, los cuales, para negarse, habían de combatirse.

Bajo esta enorme condensación de pasiones é ideas, cosa imposible de todo punto impedir, ni retardar la guerra. Contradiciéndose los dos principios, el principio de privilegio y el principio de derecho en la razón, debían también, por una trascendencia inevitable, contradecirse á su vez en la sociedad, y contradiciéndose á su vez en la sociedad, debían tomar por campos de sus contradicciones la política, la diplomacia, la guerra. Mucho habían resistido á la imposición de esta última calamidad, impuesta por el conjunto abrumador de todos los hechos, así los revolucionarios como los realistas. Con excepción de los emigrados y de los girondinos, allá en el fondo de la sociedad, aun estando todos muy resueltos por la guerra y muy convencidos de su inevitable fatalidad, nadie quería declararla. Preparábanla los monarcas franceses en su sistema de traiciones á Francia; y al verla venir, saltábales á los ojos el peligro inminente de perder corona y vida, por lo cual aplazábanla todo lo posible y siempre la remitían á más tarde, no obstante la impaciencia de sus deseos y el número de sus escritos provocándola. Robespierro, dictador de la opinión en París, como París dictador de la opinión en Francia, tampoco la quería, por iner-

cia primero, después por suspicacia, y especialmente por quererla de todo corazón los girondinos. Pero quien más la resistiera entre los resistentes, fué Leopoldo de Austria. En vano le impelían á declararla Catalina de Rusia en sus cálculos; Gustavo de Suecia en sus alardes: el Emperador buscaba por doquier expedientes, si no impeditivos, retardarios de las resoluciones y empresas belicosas. Filósofo coronado, no se le ocultaba cómo la revolución aparecía en el tiempo y en el espacio un inevitable corolario de la ciencia que habían los reyes de su índole puesto en las alturas del trono. Cada monarca de aquellos era en sustancia mucho más avanzado que su pueblo, y se curaba del progreso, cual no podían curarse las multitudes en su ignorancia y servidumbre. Los palacios reales del siglo último, eran Observatorios astronómicos de las ideas en curso. No contentos con llamar á sus bibliotecas los libros de Filosofía, llamaban á sus mesas los filósofos de crédito. En cada uno de ellos estaban todos. Tan filósofo el gran Federico II en su trono de Berlín, como el temerario José II en su trono de Viena. Tan impaciente por deshacerse de los jesuitas, Choiseul en Versalles, como Pombal en Cintra. No hablemos de Carlos III, cuya filosofía en acción le valió un renombre, no alcanzado antes ni después por ninguno de los varios Borbones que se han asentado en el trono de nuestra España. Sólo el Monasterio de Loyola, vaciado por sus decretos, clama contra él; adorándolo en el resto de la patria por haber encarnado la filosofía en el trono y haber impelido el tardo pueblo español al progreso universal. Bien es verdad que todos estaban subyugados por el espíritu de su tiempo á que ninguno podía sustraerse, y menos desde las alturas del Estado. Eran los reyes de la filosofía como en el siglo duodécimo fueran los reyes de las cruzadas religiosas, como en el siglo décimotercio los reyes de la Iglesia triunfante, como en el siglo décimocuarto los reyes del terror monárquico, como en el siglo décimoquinto los reyes maquiavélicos dispuestos contra el feudalismo militar, como en el siglo décimosexto los reyes fundadores de los grandes Estados modernos, como en el siglo décimoséptimo los verdaderos reyes absolutos. Federico y José y Leopoldo, coetáneos, se identificaron en la Filosofía; como San Luis y San Fernando, coetáneos, en la Iglesia; como don Pedro de Castilla y don Pedro de Aragón y don Carlos *el Malo*, coetáneos, en la crueldad; como Luis XI y Fernando V y Enrique VII, coetáneos en la perfidia; como Carlos V y Francisco I y Enrique VIII, coetáneos, en la grandeza; como Luis XIII y Felipe IV y Carlos I, coetáneos, en el absolutismo. Leopoldo comenzó por tener un trono diminuto en Florencia, y concluyó por tener un gran trono en Viena. Pues á los dos tronos, el de su Ducado y el de su Imperio, llevó la misma Filosofía. Y llevando la misma Filosofía, supo que de tal Filosofía, extendida por aquel tiempo y aquel espíritu en Europa, resultaba indeclinable consecuencia la revolución francesa. Eran los reyes y los revolucionarios como una misma persona. Los reyes hacían la revolución de arriba abajo; los revolucionarios hacían la revolución de abajo arriba. Así Leopoldo no tenía impaciencia por detenerla ó retrenarla; más bien que-



ría dirigirla. Indignado cuando sus deudos de París aparecían como blanco de todas las injurias populares, é iban como por larga calle de amargura desde Versalles ó desde Varennes á París, no le costó ningún esfuerzo apaciguarse, así que los reyes aceptaron la Constitución. Y después de haber tenido diplomáticas ó regias conferencias con sus colegas para promover, á instancias de Antonieta, un gran Congreso de monarquías contra Francia, lo suspendió y lo aplazó así que los reyes franceses juraron la Constitución, á pesar de saber cómo Luis XVI había cometido un perjurio en el acto mismo de su juramento, y creído que con una reserva podía desengañar á Dios con su adhesión al Código fundamental puro y engañar á los hombres, cohonestando así la salvación de su vida con el respeto á su conciencia. La Reina se dolía y quejaba mucho de tales complacencias del imperial hermano con los revolucionarios, y decía que le estaba muy ancha la púrpura imperial, procediendo desde su trono de Austria como si aun fuese duque de Toscana. Pero Leopoldo, práctico por naturaleza y por convicción, harto de las guerras heredadas, amaba mucho la paz por culto al placer, que privó en su vida y en su complexión hasta embargarle todos los sentidos y absorberle por completo en cuerpo y alma. No se conoció vicio erótico alguno que no tuviera en sus malditas inclinaciones y no lo estragara con sus protervas influencias. El despacho suyo reservaba un espacio donde misteriosamente vivía encenagado en el vicio. Cuando se murió, le hallaron cientos de femeniles trajes y arrobos de artificiales adobos. La numerosa lista de sus predilectas parecíase á la inacabable lista de don Juan. En la corte pasaban todas las penas del mundo los diplomáticos para enterarse de qué mujer privaba en cada fase, en cada periodo y en cada negocio de la política imperial. Sus progresivas ideas paralizaron la inteligencia de aquel hombre contra Francia y sus innumerables vicios de voluntad. Quería que lo dejaran en paz y que no lo distrajesen para cosa ninguna con las chinchorrerías connaturales al ejercicio del poder supremo. Habiendo abolido en la hermosa y culta Florencia una pena tan cruel como la pena de muerte, no quería llevarla con sus soldados por Europa. Creía cosa mejor que todos vivieran y todos gozaran. De cita en cita, de aventura en aventura, de lío en lío, de holgorio en holgorio, se le agotaron las fuerzas, y quiso remontarlas con bebedizos, los cuales exacerbaban todas sus crónicas enfermedades, acabando con la ruina completa de su salud por estenuaciones rápidas la ruina de su existencia, que se aniquiló de repente y como á un golpe.

Aunque parecía cosa indudable que Leopoldo se había suicidado con el opio de los placeres, para los cuales no contaba con la huéspedea, es decir, con su fuerza, corrió por Europa entera la sospecha de que lo habían envenenado. En sus conversaciones y en sus notas el pacífico y filósofo Emperador separaba siempre de los jacobinos la Nación, y tras los jacobinos echaba sus anatemas, deseoso de no reñir con los libres y emancipados franceses. Pero nada destruye como el vicio la salud y en el vicio nada como la sobreexcitación

de fuerzas y el remonte de nervios y el caldeo de apetitos por bebidas ó por maniobras insanas. Ningún veneno se iguala con las drogas inventadas para mantener el erotismo; lentas, mas indudables en sus efectos de muerte. Pero idle á una opinión sobreexcitada con explicaciones lógicas de los fenómenos naturales: entre las impacencias de los emigrados y las perversidades de los jacobinos repartían los desocupados y los murmuradores, á cuyo total solemos llamar espíritu público, la responsabilidad enorme de aquella muerte súbita. El médico de cabecera porfiaba en que medió veneno después de haber hecho su autopsia. Todo el mundo viera correr á Leopoldo en el último baile de trajes, que se celebrara dentro de su mismo palacio, tras una enmascarada de vivos ojos y aromado aliento, que jugaba con él en coqueterías inacabables, como pudiera jugar gata con ratoncillo, atrayéndolo y rechazándolo con jugueteos propios de pareja enamorada y moza. Las flores que le había dado á oler, los dulces que le había dado á gustar, los guantes que le había dado á percutir, estaban embebidos en esas mixturas diabólicas, las cuales llevan en sí diluida la muerte. Para más poner del lado de los rumores las apariencias, entre sus numerosos enredos, hallábase Leopoldo enredado con una florentina de muy buen ver, á quien atribuía el vulgo suma competencia en mixturas á lo Borgia, y de quien estaban apoderados los jesuitas, quejosos, más que los revolucionarios aún del proceder político de Leopoldo en su trono florentino y del pensamiento revolucionario llevado por él y por los suyos al trono austriaco. Si los reaccionarios creían en el veneno de los jacobinos propinado á Leopoldo por una misteriosa máscara, los revolucionarios creían en el chocolate de los jesuitas propinado á Leopoldo por una italiana devota. Estas imputaciones del dolor público á los enemigos capitales que tenía entonces, jacobinos, emigrados, jesuitas, prueban como estaba Leopoldo más querido por sus ideas progresivas que odiado por sus vicios nefandos, pues con aquellas había servido á todos y con éstos únicamente se había deservido á sí propio. Mas el vicio en los poderosos trasciende tanto á la sociedad como en los humildes á la familia. Con sólo perder la paz y acelerar la guerra costaban estos vicios voluptuosos y eróticos muy caros á la especie humana entera. Pero debe decirse prestando tributo á la imparcialidad histórica, que si todas sus queridas le costaron mucho dinero, hasta darles millones en papeles y rentas del Imperio, ninguna que sepamos, ni la máscara misteriosa de los dulces conocida por todos los cortesanos, ni la doña Livia explotada por los jesuitas, ni la joven polonesa, Prohache por quien le asaltaron más ó menos pasajeros caprichos, ni la predilecta entre todas hecha sultana mayor de su harén disperso y cosmopolita, influyeran cosa mayor en política, reservándole á su mujer Leopoldo influía en los consejos y en los asuntos públicos, para que, admitiera esta compensación bastante mollar de sus desgracias matrimoniales y en paz lo dejara y no lo persiguiese á disgustos con sus quejas y sus venganzas de legítima esposa, injustamente abandonada. El veintiséis de Marzo en el año noventa y dos, gozaba Leopoldo de plena